

POEMAS

Paul Celan

InfoLibros.org



SINOPSIS DE POEMAS

Poemas es una colección poética de Paul Celan, poeta de lengua alemana nacido en Rumania. La selección abarca las obras del trágico autor desde sus inicios, en 1920, hasta su suicidio en el año 1970. Representan el estilo sombrío del autor, ampliamente valorado por sus textos sentidos y auténticos sobre el sufrimiento de los judíos ante el dominio nazi.

El autor es valorado por encarnar a través de sus escritos las vicisitudes y la agonía de medio siglo en Europa, con un enfoque particular en el Holocausto. A través de su obra, Celan buscó expandir hasta más no poder la influencia del alemán en el mundo y su poema más conocido, Todesfuge, abrió las puertas a una renovación lingüística del idioma.

Poemas por Paul Celan en InfoLibros.org

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Poems author Paul Celan](#)
-

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

AMAPOLA Y MEMORIA (1952)

UNA CANCION EN EL DESIERTO

Una guirnalda fue tejida con hojas negruzcas en la comarca de Acra: allí monté mi oscuro caballo y con la daga puncé en pos de la muerte. Y de cuencos de madera bebí la ceniza de las fuentes de Acra

y con la visera cerrada cargué contra las ruinas del cielo.

Porque muertos están los ángeles y quedó ciego el Señor en la comarca de Acra,

y no hay nadie que el sueño me cuide de los que llegaron aquí a su reposo.

Quedó destrozada la luna, la florecilla de la comarca de Acra:

florece así, imitando las espinas, las manos con anillos herrumbrosos.

Y así debo inclinarme por fin, para el beso, cuando rezan en Acra...

¡Oh mala fue la coraza de la noche, rezuma la sangre por las
hebillas! Y así me convertí en su hermano sonriente, el férreo
querube de Acra.

Así pronuncio yo el nombre y aún siento el ardor en las mejillas.

EN VANO pintas corazones en la ventana:

abajo el duque del silencio

alista soldados en el patio del castillo.

En el árbol iza su pendón — una hoja azulándose cuando cae el
otoño,

reparte la brizna de la melancolía y las flores del tiempo entre el
ejército;

con pájaros en el pelo avanza a sumergir las espadas.

En vano pintas corazones en la ventana; un Dios está entre
las tropas,

envuelto en la capa que antaño cayó de tus hombros, de noche,
hacia

la escala,

antaño, cuando ardía el palacio, cuando hablaste como los
hombres:

amada...

El no conoce la capa y no llama a la estrella y sigue a la hoja que
oscila adelante.

"Oh brizna", cree escuchar, "oh flor del tiempo".

CHOPO, tu follaje mira blancamente hacia lo oscuro. El cabello de
mi madre nunca se hizo blanco.

Diente de león, así de verde es la Ucrania. Mi rubia madre no
regresó al hogar.

Nimbo, ¿te demoras junto a la fuente? Mi callada madre llora por
todos.

Redonda estrella, tú rizas el dorado bucle.

El corazón de mi madre fue herido de plomo.

Puerta de roble, ¿quién te dislocó de los goznes? Mi dulce madre
no puede venir.

LA ARENA DE LAS URNAS

De verde herrumbroso es la casa del olvido.

Ante cada una de las puertas batientes azúlase tu juglar
decapitado. Para ti toca el tambor de musgo y vello amargo del
pubis;

con el dedo llagado del pie tu ceja pinta en la arena. La dibuja
más larga de lo que era, y el rojo de tu labio. Llenas aquí las urnas
y cenas tu corazón.

Cuando viene la silenciosa y decapita los tulipanes:

¿Quién gana?

Quién pierde?

¿Quién va a la ventana?

¿Quién nombra su nombre primero?

Es uno que lleva mi pelo.

Lo lleva como se lleva a los muertos en las manos.

Lo lleva como el cielo llevó mi pelo el año en que amaba. Lo lleva
así por vanidad.

Ese gana.

Ese no pierde.

Ese no va a la ventana. Ese no nombra su nombre.

Es uno que tiene mis ojos.

Los tiene desde que los portones se cerraron. Los lleva en el dedo como anillos.

Los lleva como trizas de placer y zafiro:

él ya era mi hermano en otoño;

ya cuenta los días y noches.

Ese gana.

Ese no pierde.

Ese no va a la ventana. Ese nombra su nombre al final.

Es uno que tiene lo que dije.

Lo lleva bajo el brazo como un hato.

Lo lleva como el reloj su más mala hora.

Lo lleva de umbral en umbral, y nunca lo arroja.

Ese no gana.

Ese pierde.

Ese va hacia la ventana.

Ese nombra su nombre primero.

Ese es con los tulipanes decapitado.

En el manantial de tus ojos

viven las redes de los pescadores del Mar Extravío. En el manantial
de tus ojos

mantiene el mar su promesa.

Aquí arrojó,

corazón que moró entre los hombres,

de mí los vestidos y el brillo de un juramento:

Más negro en lo negro, estoy más desnudo. Sólo desavenido soy
fiel.

Yo soy tú cuando yo soy yo.

En el manantial de tus ojos surco y sueño pillaje.

Una red atrapó una red:
nos separamos abrazados.

En el manantial de tus ojos
un ahorcado estrangula la cuerda.

Maligna como discurso de oro principia esta noche. Comemos las
manzanas de los mudos.

Un trabajo hacemos que gustosamente se deja a la estrella;
estamos en el otoño de nuestros tilos como rojo caviloso de
estandarte,

como huéspedes ardientes del sur.

Por Cristo juramos, el nuevo, desposar el polvo con el polvo, a los
pájaros con el zapato caminante,

nuestro corazón con una escalera en el agua.

Al mundo juramos los votos sagrados de la arena, los juramos
gustosos,

a voz en cuello los juramos desde los techos del dormir
despoblado de sueños

y agitamos el pelo blanco del tiempo...

Ellos gritan: ¡blasfemia! Hace mucho lo sabemos.

Hace mucho lo sabemos, pero ¿qué importa?

Moléis en los molinos de la muerte la blanca harina de la promesa,
ante nuestros hermanos y hermanas la ponéis—

Agitamos el pelo blanco del tiempo... Y vuestro reproche:
¡blasfemia!

Bien lo sabemos,

venga sobre nosotros la culpa.

Venga sobre nosotros la culpa con todas las señas de advertencia,
venga el mar borbotante,

la encolerizada ráfaga del revés, el día de medianoche,

¡venga lo que todavía no fue!

Venga un hombre desde la tumba.

De la mano me come el otoño su hoja: somos amigos. Mondamos el tiempo de las nueces y le enseñamos a andar: el tiempo retorna a la cáscara.

En el espejo es domingo, en el sueño se duerme,
la boca habla verdad.

Mi ojo desciende hacia el sexo de la amada:
nos miramos,
nos decimos algo oscuro,
nos amamos mutuamente como amapola y memoria, dormimos como vino en las conchas,
como el mar en el resplandor sanguíneo de la luna.

Estamos abrazados en la ventana, ellos nos ven desde la calle:
¡es tiempo de que se sepa!

Es tiempo de que la piedra consienta en florecer, que a la inquietud le palpite un corazón.

Es tiempo de que llegue a ser tiempo.

Es tiempo.

FUGA DE LA MUERTE

Negra leche matutina la bebemos de tarde

la bebemos al mediodía y de mañana la bebemos de noche

bebemos y bebemos

cavamos una fosa en los aires allí no se yace estrechado

Un hombre vive en la casa él juega con las serpientes él escribe

él escribe cuando oscurece a Alemania tu dorado cabello

Margarethe él escribe y sale de la casa y brillan las estrellas silba a
sus mastines que vengan

a su lado

silba a sus judíos que salgan adelante hace cavar una fosa en la
tierra nos manda tocad ahora para el baile

Negra leche matutina te bebemos a la noche

te bebemos de mañana y mediodía te bebemos a la tarde
bebemos y bebemos

Un hombre vive en la casa y juega con serpientes él escribe
él escribe cuando oscurece a Alemania tu dorado cabello
Margarethe tu ceniciento cabello Sulamith cavamos una fosa en
los aires allí no se yace
estrechado

Grita cavad más hondo en la tierra unos y otros cantad y tocad
coge el hierro en el cinto lo blande sus ojos son azules
cavad vosotros más hondo unos y otros seguid tocando para el
baile

Negra leche matutina te bebemos a la noche
te bebemos de mañana y mediodía te bebemos a la tarde
bebemos y bebemos
Un hombre vive en la casa tu dorado cabello Margarethe tu
ceniciento cabello Sulamith él juega con serpientes

El grita tocad más dulce a la muerte la muerte es un maestro que viene de

Alemania

grita tocad más oscuro los violines entonces subiréis como humo en el aire

entonces tendréis una fosa en las nubes allí no se yace estrechado

Negra leche matutina te bebemos a la noche

te bebemos al mediodía la muerte es un maestro que viene de

Alemania

te bebemos a la tarde y de mañana bebemos y bebemos

la muerte es un maestro que viene de Alemania su ojo es azul él te da con la bala de plomo te da certeramente

Un hombre vive en la casa tu dorado cabello Margarethe

él azuza los mastines contra nosotros nos regala una fosa en el aire

él juega con las serpientes y sueña la muerte es un maestro que viene de

tu dorado cabello Margarethe tu ceniciento cabello Sulamith

Alemania

EN EGIPTO

Debes decirle al ojo de la forastera: sé tú el agua.

Debes buscar a las que sabes en el agua en el ojo de la forastera.

Debes llamarlas fuera del agua: ¡Rut, Noemí, Miriam!

Debes adornarlas, cuando yaces con la forastera.

Debes adornarlas con el cabello de nube de la forastera. Debes decir a Rut y a Miriam y a Noemí:

¡Mira, con ella duermo!

Debes adornar más bella que nada a la forastera junto a ti. Debes adornarla con la pena por Rut, por Miriam y Noemí.

Debes decir a la forastera:

¡Mira, yo dormí con éstas!

En mis labios no busques tu boca, ni delante de la puerta al
forastero, ni en el ojo la lágrima.

Siete noches más arriba el rojo va hacia el rojo,
siete corazones más hondo llama la mano a la puerta, siete rosas
más tarde susurra la fuente.

En las largas mesas del tiempo
beben a raudales los cántaros de Dios.
Beben hasta vaciar los ojos de los que ven y los ojos de los ciegos,
los corazones de las sombras vigentes,
la mejilla hueca del crepúsculo. Son los bebedores más violentos:
llevan a la boca lo vacío como lo lleno
y no desbordan la espuma como tú o yo.

CUENTA las almendras,

cuenta lo que amargo fue y te mantuvo despierta, cuéntame
además a mí:

Yo buscaba tu ojo, cuando lo abrías y nadie te vio, tensé toda
hebra secreta,

por donde el rocío que pensaste descendió hasta los cántaros,
una sentencia los cuida que no llegó al corazón de ninguno.

Sólo allí ingresabas entera en el nombre, en el tuyo, avanzabas con
pie seguro hacia ti,

oscilaron libres los martillos en el campanil de tu silencio, se te
unió lo que escuchaste al acecho,

lo muerto también te rodeó con el brazo,

y los tres anduvisteis a través de la tarde.

Vuélveme amargo.

Cuéntame entre las almendras.

DE UMBRAL EN UMBRAL (1955)

OÍ DECIR

Oí decir que en el agua
hay una piedra y un círculo
y sobre el agua una palabra,
que pone el círculo en torno a la piedra.

Yo miré mi álamo descender hacia el agua,
miré cómo su brazo se alargó hacia la hondura, miré sus raíces
vueltas al cielo implorando noche.

Yo no corrí tras ellas,
sólo recogí del suelo esa migaja
que tiene de tu ojo la figura y la nobleza, te quité del cuello la
cadena de los dichos
y con ella orlé la mesa donde yace la migaja.

Y ya no vi más a mi álamo.

El cuerpo callando

yaces en la arena junto a mí, sobre ti las estrellas.

.....

¿Quebróse de lo alto un rayo hacia mí?

¿O es la vara de la justicia que sobre nosotros fue rota la que
talmente brilla?

Siete horas de la noche, siete años de vigilia:

jugando con hachas,

yaces a la sombra de cadáveres erguidos

—¡oh, árboles, que tú no talas!—,

de cabecera la pompa de lo enmudecido, la minucia de las palabras a los pies, yaces y juegas con las hachas —
y al final reluces como ellas.

ANTE UNA VELA

De oro repujado, tal
como me lo mandaste, madre, modelé el candelabro, de donde me
elevo oscurecido en medio de horas que se astillan:
hija
de tu muerte.

Delgada la figura,
una fina sombra de ojos como almendras, boca y sexo
rodeados por danzas de bestiario de sueño, se desprende
oscilante del oro hendido, asciende hasta
la cima del ahora.

Con labios recubiertos de noche

pronuncio el conjuro:

En el nombre de los tres,

que entre sí se hostilizan, hasta

que el cielo se sumerge en la sepultura de los sentimientos, en el
nombre de los tres, cuyos anillos

me destellan en el dedo, cada vez que le

suelto los cabellos a los árboles en el abismo,

para que corra en el hondor un torrente más rico—,

en el nombre del primero de los tres, que gritó

cuando había que vivir donde antes que él ya estuvo su palabra,

en el nombre del segundo, que miró y derramó las lágrimas,

en el nombre del tercero, que apila

blancas piedras en el medio,—

te libero del

amén que nos ensordece, de la gélida luz que lo orilla

allí, donde, alto como torre, entra al mar,

allí, donde la paloma, la gris, coge con el pico los nombres

a este lado y al otro lado del morir:

¡Tú sigues siendo, sigues siendo, sigues siendo el hijo de una
muerta,

consagrado al No de mi añoranza, desposado con una grieta del
tiempo,

ante la cual me condujo la palabra materna, para que una sola vez
se estremezca la mano

que siempre, siempre me aprieta el corazón!

CON LLAVE CAMBIANTE

Con llave cambiante

tú abres la casa en la cual

la nieve oscila de lo silenciado. Según la sangre que te mane de
ojo, boca u oído,
tu llave cambia.

Si cambia tu llave, cambia la palabra,
a la que le está permitido oscilar con los copos. Según el viento
que a empujones te aparta,
se amontona la nieve en torno a la palabra.

Atardecer de las palabras — ¡buscador de manantiales en el
silencio! Un paso y otro paso más,
un tercero, cuyo rastro tu sombra no elimina:

la cicatriz del tiempo se dilata
y anega la tierra de sangre —

Los dogos de la noche palabral, los dogos repercuten ahora medio
a

medio dentro de ti:

festejan la sed más salvaje, la hambruna más salvaje...

Una luna postrera te asiste:

arroja a la jauría

un largo hueso de plata

—desnudo como el camino por el cual venías—, pero eso no te
salva:

el rayo que suscitaste

se encrespa todavía más cerca, y encima nada un fruto

que mordiste hace años.

Sea con higos alimentado el corazón dentro del cual la hora
recuerda

el ojo de almendra del muerto. Con higos alimentado.

Abrupta, en el soplo de mar, la frente
varada,
la hermana de arrecifes.

Y aldededor de tu pelo blanco se multiplica el vellocino
de la nube estival.

NOCTURNAMENTE ENFALDADOS

Para Hannah y Hermann Lenz

Nocturnamente enfaldados los labios de las flores, cruzados y
triscados
los troncos de los abetos,
agrisado el musgo, la piedra estremecida, despertados al vuelo
infinito

los grajos sobre el glaciario:

ésta es la comarca donde reposan aquéllos

a quienes dimos alcance:

no van a nombrar la hora, ni contar los copos,

ni seguir las aguas hasta el dique.

Están separados en el mundo, cada uno junto a su noche, cada uno junto a su muerte, hosco, desnudo, escarchado de lo cercano y lo distante.

Ellos pagan la culpa que infundió alma a su origen, la pagan en una palabra

que persevera injustamente, como el verano.

Una palabra — tú sabes:

un cadáver.

Vamos a lavarla vamos a peinarla, vamos a volver su ojo hacia el
cielo.

Este es el ojo del tiempo:

torcido mira

bajo ceja de siete colores.

Su párpado es lavado por fuegos, su lágrima es vapor.

La ciega estrella vuela hacia él

y se derrite en la pestaña hirviente:

se va entibiando el mundo, y los muertos

echan brotes y florecen.

Cualquier piedra que levantes —

tú descubres

a aquellos que necesitan el abrigo de las piedras:

desnudos,

ya renuevan el entrevero.

Cualquier árbol que derribes —

tú construyes

el lecho sobre el cual

las almas se amontonan y amontonan, como si no se raleara

también este

Evo.

Cualquier palabra que tú hables —

la debes

al destrozo.

Junto a mis piedras,

las lloradas inmensamente detrás de las verjas,

me arrastraron ellos

al medio del mercado, hasta donde esa

bandera se despliega, aquella por la cual no pronuncié ningún juramento.

Flauta,

flauta doble de la noche: piensa en el oscuro mellizo arrebol en Viena y Madrid.

Pon tu bandera a media asta, remembranza.

A media asta

por hoy y para siempre.

Corazón:

date a conocer aquí también, aquí, en medio del mercado.

Grítalo, el schibboleth, lánzalo

fuera a lo foráneo de la patria:

febrero. No pasarán.

Unicornio:

tú sabes de las piedras, tú sabes de las aguas, ven,

yo te llevaré lejos

hasta las voces de Estremadura.

Disemina tus flores, forastero, disemínalas en paz:

déjalas caer a lo hondo, a las espinas.

Quien aquí debía yacer, ése yace

en ninguna parte. Pero a su lado yace el mundo. El mundo, que
abrió su ojo

ante tantas gasas.

Pero él, porque tuvo algún vislumbre, se alió al partido de los ciegos:

anduvo y espigó demasiado:

espigó el aroma —

y los que vieron esto no le perdonaron.

Entonces fue y se bebió una rara gota:

el mar.

Los peces —

¿se unieron los peces a él?

Habla también tú, habla el último,

di tu sentencia.

Habla —

Pero no separes el No del Sí.

Dale a tu sentencia también el sentido:

dale la sombra.

Dale sombra suficiente, dale tanta

como sepas repartida en torno a ti entre medianoche y mediodía
y medianoche.

Mira en torno:

ve cuánta vida hay en derredor —

¡Cuando la muerte! ¡Vida!

Verdad habla quien habla sombra.

Pero ahora se atrofia el lugar donde estás:

¿Adónde ahora, el más desnudo de sombra, adónde? Escala.

Palpa hacia arriba.

¡Más delgado te haces, más inconocible, más tenue! Más tenue: un
hilo,

por donde quiere descender, la estrella:

para nadar abajo, abajo,

donde ella se ve brillar: en la resaca de palabras errantes.

ARGUMENTUM E SILENTIO

Para René Char

Colocada en la cadena entre oro y olvido:

la noche.

Cogerla quisieron ambos, a los dos les dió licencia.

Deposita,

ahora deposita tú también lo que quiere des- puntar junto a los días:

la palabra sobrevolada de estrellas, la rociada de mar.

A cada uno la palabra,

a cada uno la palabra que lo cantó,
cuando la jauría le saltaba por la espalda —
a cada uno la palabra que lo cantó y quedó empedernida.

A ella, a la noche,
la sobrevolada de estrellas, la rociada de mar, a ella la silenciada,
de la que no manó la sangre, cuando el venenoso diente de las
sílabas se clavó.

A ella la palabra silenciada.

En contra de las otras, que pronto,
que rodeadas obscenamente por oídos de desuello, también
escalán el tiempo y los tiempos,
da testimonio al final,
al final, cuando sólo repican las cadenas, da testimonio de ella,
que yace allí
entre oro y olvido,
ambos hermanados desde siempre —
¿Pues dónde

clarea, dime, si no es donde ella,
que en la región aluvial de sus lágrimas

le muestra a los soles que descienden una y otra vez la cosecha?

Reja del habla (1959)

Voces, rasguñadas

en el verde de la superficie del agua. Cuando se zambulle el alción,
zumba el segundo:

Lo que estaba contigo

en cada una de las riberas, se presenta
segado en una imagen distinta.

*

Voces, que vienen del camino de la ortiga: Ven sobre tus manos a
nosotros.

El que está con la lámpara a solas,

no tiene más que la mano para leer.

*

Voces, crecidas a través de la noche, sogas, de donde cuelgas la campana.

Cúrvate, mundo:

cuando la concha de muerto viene flotando, quiere resonar aquí.

*

Voces, ante las cuales tu corazón retrocede al corazón de tu madre. Voces del árbol de la horca,
donde la madera tardía y la temprana trocan y trocan los anillos.

*

Voces, guturales, en el cisco, donde cava también lo infinito,
lodoso reguero

(del corazón).

Lanza, niño, aquí los botes que yo tripulaba:

Cuando a mitad del navío irrumpe la ráfaga, reúnen las
abrazaderas.

*

Voz de Jacob:

Las lágrimas.

Las lágrimas en el ojo del hermano. Una quedó colgando, creció.
Habitamos allí.

Respira, para que se suelte.

*

Voces en las entrañas del arca: Sólo las bocas son
a salvo. Los que se hunden, escúchenos a nosotros también.

*

Ninguna

voz — un

tardío rumor, ajeno a las horas, regalado a tus pensamientos, aquí,
despierto

por fin: una

hoja frutal, grande como un ojo, rajada profundamente; gotea
resina, no quiere cicatrizar.

Cera

para sellar lo no escrito, que tu nombre

adivinó, que cifra

tu nombre.

¿Ya vienes, oscilante luz? Dedos, de cera también,

ceñidos por

ajenos, dolientes anillos. Derretidas las yemas.

¿Vienes, oscilante luz? Vacías de tiempo las celdillas

del reloj, nupciales las mil

abejas, prontas al viaje.

Ven, oscilante luz.

Sobrepujada ola de harina por bandada de cuervos,

¿Azul de qué cielo? ¿De abajo? ¿De arriba?

Flecha tardía, que apresurada se disparó del alma.

Zumbido más fuerte. Más cercana incandescencia. Ambos mundos.

Cerca estamos, Señor, cerca y aferrables.

Afferados ya, Señor,

en crispado entrevero, como si

el cuerpo de cada uno de nosotros fuese tu cuerpo, Señor.

Ora, Señor,

ora hacia nosotros, estamos cerca.

Ladeados por la ráfaga fuimos, fuimos, a inclinarnos sobre
la cuenca y el lago primordial.

Al abrevadero fuimos, Señor. Fue sangre, fue,

lo que derramaste, Señor.

Brillaba.

Nos arrojó tu imagen a los ojos, Señor.

Ojos y boca están tan abiertos y vacíos, Señor.

Hemos bebido, Señor.

La sangre y la imagen que había en la sangre, Señor.

Ora, Señor. Estamos cerca.

La piedra.

La piedra en el aire, yo la seguí. Tu ojo, tan ciego como la piedra.

Eramos manos,

apuramos la oscuridad hasta vaciarla, hallamos la palabra que
brotó al verano:

flor.

Flor — una palabra de ciegos. Tu ojo y mi ojo:
procuran el agua.

Crecimiento. Va hojeando
pared a pared del corazón.

Una palabra más como ésta, y los martillos oscilan al descubierto.

Redondez de ojo entre las barras.

Párpado animal titilante rema hacia arriba, franquea una mirada.

Iris, nadadora, turbia y sin sueño:

el cielo, gris corazón, tiene que estar cerca.

Oblicua, en la boquilla férrea, la viruta esfumada.

Donde se siente la luz adivinas el alma.

(Si yo fuese como tú. Si tú fueses como yo.

¿No estaríamos bajo un solo alisio?

Somos extraños.)

Las lajas. Sobre ellas, cerquísimo, ambas pozas gris corazón: dos bocados de silencio.

Luz de ginesta, amarilla, los taludes supuran al cielo, la espina corteja a la herida, allí dentro resuena, es la tarde, la nada

hace rodar sus mares a la oración, la vela de sangre se pliega
sobre ti.

Seco, atraca

el lecho detrás de ti, afila su hora, arriba,

junto a la estrella, los esteros

lechosos parlotean en el fango, dáttil de piedra, abajo, emboscada,
dehiscente en lo azul, una mata fugacidad, hermosa,

saluda a tu memoria.

(¿Me conocíais, manos? Yo anduve

la senda horquillada que señalábais, mi boca escupió su cascajo,
yo anduve, mi tiempo,

cornisa de nieve caminante, arrojó su sombra— ¿me conocíais?)

Manos, la llaga que

la espina corteja, resuena, manos, la nada, sus mares,

manos, en la luz de ginesta, la vela de sangre

se pliega sobre ti.

Tú

Tú enseñas

Tú enseñas a tus manos

Tú enseñas a tus manos tú enseñas

Tú enseñas a tus manos

a dormir

La mesa, de madera de las horas, con la vianda de viaje y con el
vino.

Se

calla, se come, se bebe.

Una mano, que besé, ilumina las bocas.

ARRIBA, SIN RUIDO, los errantes: buitre y estrella.

Abajo, después de todo, nosotros,
en número de diez, el pueblo de arena. El tiempo, y cómo no, él
tiene
también una hora para nosotros, aquí, en la ciudad de arena.

(Cuenta del manantial, cuenta
de la corona del manantial, de su rueda, de sus cuartos — cuenta.

Numera y cuenta, el reloj, también éste, se detiene.

Agua: qué

palabra. Te comprendemos, vida.)

El forastero, no invitado, de dónde, el huésped.

Su vestimenta empapada. Su ojo empapado.

(Cuéntanos del manantial, de — Numera y cuenta.

Agua: qué palabra.)

Su vestimenta-y-ojo, él está,

como nosotros, plena noche, él declara que entiende, y ahora
cuenta,

como nosotros, hasta diez y nada más.

Arriba, los errantes permanecen inaudibles.

UNA ESTRELLA DE MADERA, azul, hecha de rombos pequeños.

Hoy, por nuestra mano más reciente.

La palabra, mientras dejas que decante la sal de la noche, y busca
la mirada otra vez la bilis del viento:

— Una estrella, ponla,

pon la estrella en la noche.

(— En mi noche, mi noche.)

STRETTO

*

DESPLAZADO al espacio

de la huella sin fraude:

Hierba, escrita separadamente. Las piedras, blancas, con la
sombra de los tallos:

No leas más — ¡mira!

No mires más — ¡anda!

Anda, tu hora

no tiene hermanas, tú estás —

estás en casa. Una rueda, lentamente, rueda por sí sola, los rayos

suben,

suben sobre el campo ennegrecido, la noche no requiere de

estrellas, en ningún lado

se pregunta por ti.

*

En ningún lado

se pregunta por ti —

El lugar, donde yacían, tiene un nombre — no tiene ninguno. No

yacían allí. Algo yacía entre ellos. No

veían a través.

No veían, no,
hablaban de palabras. Ninguno despertó, el
sueño
descendió sobre ellos.

*

Descendió, descendió. En ningún lado
se pregunta —

Yo soy ése, yo,
yo yacía entre vosotros, yo estaba abierto, era
audible, yo os alertaba, a vuestro aliento atendía, yo sigo
siempre siéndolo, vosotros dormís, pues.

*

Sigo siempre siéndolo — Años.

Años, años, un dedo

palpa hacia abajo, palpa hacia arriba, palpa alrededor:

costuras, tangibles, aquí

se abre, mucho, separándose, aquí se vuelve a adherir — ¿quién
lo recubrió?

*

Lo re-

cubrió — ¿quién?

Llegó, llegó.

Llegó una palabra, llegó, llegó a través de la noche,
quería alumbrar, quería alumbrar.

Ceniza.

Ceniza, ceniza. Noche.

Noche-y-noche. — Anda hacia el ojo, hacia el húmedo.

*

Hacia el
ojo anda,
hacia el húmedo —

Huracanes,
huracanes, de siempre,
remolino de partículas, lo demás, ya
lo sabes, lo
leimos en el libro, era opinión.

Era, era
opinión. ¿Cómo
nos aferrábamos con estas
— con estas
manos?

Estaba también escrito, que.

¿Dónde? Hicimos

un silencio sobre eso, acallado de veneno, grande, un
verde

silencio, un sépalo, de

allí pendía un pensamiento en lo vegetal —

verde, sí, pendía, sí, bajo torvo cielo.

En, sí,

lo vegetal.

Sí.

Huracanes, remo-

lino de partículas, quedaba

tiempo, quedaba,

para intentarlo con la piedra — era hospitalario, ella

no caía en la palabra. Qué

bien que estábamos:

Granuloso,
granular y fibroso. Pedunculado, espeso,
racimoso y radiado; reniforme, aplanado y
grumoso; flojo, rami-
ficado —: ella, ello
no caía en la palabra, hablaba,
hablaba gustosamente a ojos secos, antes de cerrarlos.

Hablaba, hablaba. Era, era.

Nosotros
no aflojábamos, de pie, parados en el centro, una
construcción porosa, y llegó.

Llegó hacia nosotros, llegó a través, zurría
invisible, zurría

en la última membrana, y
el mundo, un cristal en miríada, eclosionó, eclosionó.

*

Eclosionó, eclosionó.

Entonces —

Noches, desintegradas. Círculos, verdes o azules, rojos

cuadrados, el

mundo pone lo más íntimo en juego con las nuevas

horas. — círculos,

rojos o negros, claros cuadrados, ninguna sombra de vuelo,

ninguna

mesa pantográfica, ningún

alma de humo sube y entra en el juego.

Sube y

entra en el juego —

En la fuga de la lechuza que vuela, en la hora de la lepra
petrificada,

cuando

nuestras manos voladas, en la más reciente condenación, sobre el
parabalas en

el muro derruido:

visible, de nuevo: las estrías, los

coros, entonces, los salmos. Ho, ho- sanna.

Luego

hay templos en pie todavía. Una estrella

tiene acaso luz todavía. Nada,

nada está perdido.

Ho- sanna.

En la fuga de la lechuza que vuela, aquí, las conversaciones, color
gris día,

de las huellas de agua subterránea.

*

(—gris día,

de las

huellas de agua subterránea —

Desplazado en el espacio de
la huella sin fraude:

hierba, hierba,
escrita separadamente.)

II

De La rosa de nadie,
Cambio de aliento
y Soles en fibras

LA ROSA DE NADIE (1963)

EN ELLOS HUBO TIERRA, y cavaron.

Cavaron y cavaron, así se

fue su día, se fue su noche. Y no alabaron a Dios, que quería, eso
oyeron, todo esto,

que sabía, eso oyeron, todo esto.

Cavaron y no escucharon nada más;

no se hicieron sabios, no inventaron canción alguna, no crearon
ninguna lengua.

Cavaron.

Vino un silencio, también vino una tormenta, vinieron todos los
mares.

Yo cavo, tú cavas, y cava también el gusano, y lo cantante allí
dice: ellos cavan.

Oh uno, oh ninguno, oh nadie, oh tú:

¿adónde fue, si no fue a ninguna parte?

Oh, tú cavas y yo cavo, y hacia ti yo cavo mi camino, y en el dedo
el anillo nos despierta.

LA PALABRA DEL IR-A-LO-PROFUNDO

la palabra que leímos.

Los años, las palabras desde entonces. Todavía somos nosotros.

Sabes, el espacio es infinito, sabes, no necesitas volar,
sabes, lo que en tus ojos se escribió, nos profundiza lo profundo.

CON VINO Y PERDICIÓN, con los dos sedimentos:

yo cabalgué a través de la nieve, me oyes,
cabalgué a Dios en la distancia — en la cercanía, cantaba él, era
nuestra última cabalgata sobre las hordas de los hombres.

Se agazapaban, al
oirnos por encima de ellos, escribían, ter-
giversaban nuestros relinchos en una de sus
lenguas pobladas de imágenes.

ZÜRICH, ZUM STORCHEN

Para Nelly Sachs

De lo Muchísimo se hablaba, de lo
Muy-poco. De Tú y Ni-Tú, de
la turbiedad debida a lo diáfano, de lo judío, de
tu Dios.

De eso.

El día de una ascensión, allá estaba el monasterio, venía con cierto oro a través del agua.

De tu Dios se conversaba, yo hablé contra él, yo dejé que el corazón que tenía abrigara esperanza:

por

su más alta, agonizada, su peleadora palabra —

Tu ojo me miró, miró lejos, tu boca

le habló al ojo, yo escuché:

Nosotros

en verdad no sabemos, sabes, en

verdad no sabemos lo que

importa.

TANTAS ESTRELLAS, que se nos tiende. Yo estaba, cuando te vi —
¿cuándo?—, afuera junto a
los otros mundos.

Oh estos caminos, galácticos, oh esta hora, que nos trajo el peso
de las noches a

la carga de nuestros nombres. No, yo lo sé, no es verdad

que vivíamos, ciego sólo

pasó un aliento entremedio de

Allá y No-aquí y A-veces,

un ojo zumbó como un cometa hacia lo extinto, en las cañadas,

allí, donde dejó de incandescer, estaba, espléndido de ubres, el
tiempo,

en él ya crecía hacia lo alto y hacia abajo y más allá, lo que

es o fue o será —,

yo sé,

yo sé y tú sabes, nosotros sabíamos, no sabíamos, nosotros

estábamos, pues, allí y no allá, y a veces, cuando

sólo la Nada estaba entre nosotros, nos hallábamos
enteramente juntos.

LA ESCLUSA

Sobre todo esta pena tuya; ningún
segundo cielo.

..... En una boca,
fue milpalabra para ella, perdí —
yo perdí una palabra, que me quedaba: hermana.

Por
los muchos dioses
perdí yo una palabra, que me buscaba:
Kaddisch.

A través

de la esclusa tuve que pasar,
para salvar la palabra en la marea salobre, de vuelta en ella, fuera
de ella, y más allá:
Jiskor.

Nadie nos amasará otra vez de tierra y de limo, nadie soplará
palabra a nuestro polvo.

Nadie.

Alabado seas tú, Nadie. Por amor a ti queremos florecer.

En contra de ti.

Una nada

éramos, somos, seguiremos siendo, en flor:

la rosa de nada, de nadie.

Con

el buril diáfano de alma,

el estambre desolado de cielo, la roja corona

de la palabra de púrpura que cantamos sobre, oh sobre

la espina.

Ojos sobrepujados por el ha- bla hasta la ceguera.

El de ellos —"un enigma es lo que brota

de lo puro"—, el recuerdo de ellos de

torres H[^]lderlin que nadan, arremolinadas de gaviotas.

Visitas de ahogados carpinteros por estas

palabras que se zambullen:

Si viniese,

viniese un hombre,

viniese un hombre al mundo, hoy, con la barba de luz de
los patriarcas: habría, si hablase de este tiempo, habría sola-
mente de
balbucear y balbucear, si- si- siempre,
si- siempre.

("Pallaksch, Pallaksch.")

Silencio, cocido como oro, en manos
carbonizadas.

Grande, gris,
cercana como todo lo perdido, figura de hermana:

Todos los nombres, todos los nom- bres quemados
con ella. Tanta

ceniza que bendecir. Tanta tierra ganada

sobre

los ligeros, tan ligeros anillos

de almas.

Grande, gris, sin escorias.

Tú, entonces,

tú con el pálido brote, cascado por mordisco.

Tú en el torrente de vino.

(¿No es verdad, también a nosotros nos despidió este reloj?

Bien,

bien como aquí murió, al pasar, tu palabra.)

Silencio, cocido como oro, en manos carbonizadas, carbonizadas.

Dedos, delgados como humo. Como coronas, coronas de aire,
alrededor de — —

Grande. Gris. Sin

rastro. De

rey.

RADIX, MATRIX

Como se le habla a la piedra, como tú,
venida a mí desde el abismo, her- manada desde una patria,
lanzada hasta aquí, tú, tú que de lo antaño,
tú en la nada de una noche,
tú que en la ni-noche me sales al en- cuentro, tú,
ni-tú —:

Entonces, cuando yo no estaba, entonces, cuando tú medías a zancadas el campo, sola:

¿Quién,

quién era, aquella

raza, asesinada, aquella raza erigida negra en el cielo: verga y testículo —?

(Raíz.

Raíz de Abraham. Raíz de Jessé. Raíz de nadie — oh nuestra.)

Sí,

como se le habla a la piedra, como tú palpas con mis manos allá y en la nada, así es lo que es aquí:

también este

suelo fructífero se abre, este

precipicio

es una de las coronas que

tarde:

a él

le abrí yo mi palabra — : hacia el aborto lo vi trotar, al

semi- estropeado, el

hermano que nació en la bota embadurnada del siervo guerrero,

aquél

con la hechura sanguinolenta

de Dios, el

hombrecillo balbuceante.

Rabí, yo rechiné, Rabí

L[^]w:

A éste

circuncídale la palabra, a éste
escribele la viviente Nada en el corazón, a éste
enderézale los dos
dedos entumidos con una fórmula salvadora.
A éste.

.....

Cierra de un golpe también la puerta de la tarde, Rabí.

.....

Abre de golpe la puerta de la mañana, Ra- —

En la almendra — ¿qué se erige en la almendra? La Nada.
Se erige la Nada en la almendra. Allí se erige y se erige.

En la Nada —¿quién se erige allí? El Rey. Allí se erige el Rey, el Rey.

Allí se erige y se erige.

Rizo de judío, no te agrisarás.

Y tu ojo —¿hacia dónde se erige tu ojo? Tu ojo se erige enfrente de la almendra. Tu ojo, enfrente de la Nada se erige.

Se erige firme junto al Rey. Así se erige y se erige.

Rizo de hombre, no te agrisarás. Hueca almendra, azul real.

Están desnudos los filones, los cristales, las drusas,
algo no-escrito, endurecido en lenguaje, libera
un cielo.

(Rechazados hacia arriba, de día, de través, así
mismo yacemos nosotros.)

Puerta, tú, ante eso, antaño, pizarra con la asesinada
estrella de tiza encima:

ahora

la tiene un ojo —¿acaso lee?—.)

Sendas hacia allá. Hora de bosque a lo
largo del rastro de rueda borbotante. E-
legidas, pequeñas hayas hendidas: algo abierto negruzco,
interrogado por digitales pensamientos sobre — —
¿sobre qué?

Trece de febrero. Despertado schibboleth en la boca del corazón.
Contigo,
Peuple
de Paris. No pasarán.

Corderillo a la izquierda: él, Abadías,
el anciano de Huesca, vino con los perros por el campo, en el exilio
irguióse blanca una nube
de humana hidalguía, él nos
habló en la mano la palabra que requeríamos, era castellano de
pastores, allí,

en la gélida luz del crucero “Aurora”:
la mano fraterna, haciendo señas con la venda retirada de los ojos
grandes
como palabra — Petropol, la
ciudad migratoria de los involvidados, te era toscana también, de
corazón.

Friede den H, tten!

En la mano se te dió:

un Tú, sin muerte,

junto al cual todo Yo regresó a sí. Iban

en derredor voces sin palabra, formas vacuas, todo entró en ellas,
mezclado

y desmezclado y mezclado

otra vez.

Y números había entrettejidos en lo

Innumerable. Uno y Mil y lo que delante y detrás

era más grande que sí mismo, más pequeño, ma- durado y

transformado al

revés y en adelante en un Jamás germinal.

Lo olvidado echó mano
a lo olvidable, partes de tierra, partes de corazón nadaban,
sumíanse y nadaban. Colón, en el ojo la sin-
tiempo, la madre-
flor,
mató mástiles y velámenes. Todo zarpó, libre,
descubridor,
la rosa de los vientos se marchitó, se des- hojaba, un océano
floreció en masa y de día, en la negra luz
de la deriva del timón enloquecido. En sarcófagos, urnas, canopas
despertaron los pequeños niños Jaspe, ¡gata, Amatista — pueblos,
tribus y linajes, un ciego

S e a

se anudó en
los libres cordajes con cabeza de sierpe — : un
nudo

(y contra-nudo, y anti-nudo, y no-nudo, y nudo gemelo y mil-nudo), en el cual

la camada con ojos de noche cuaresmal de las estrellas de marta
en el abismo

de-le, de-le, de-le- treaba, letreaba.

LA CONTRESCARPE

Arráncate la moneda del aliento del aire en torno a ti y al árbol:

tanto se

le exige a aquél

al que la esperanza acarrea hacia arriba y hacia abajo por el
camino corcovado del corazón —

tanto

en el viraje,

donde él encuentra la flecha del pan,
la que bebió el vino de su noche, el vino de la vigilia de miseria,
de rey.

¿No vinieron las manos también, que velaron, no vino la dicha
hondamente acostada en el ojo cáliz?

¿No vino, con párpados,
la caña de marzo humanamente sonora, que daba luz, entonces, a
lo lejos?

¿Se rebanó de la bandada la paloma mensajera, su anillo era
descifrable? (Todo el
nuberío en torno a ella — era legible.) ¿Lo toleró la bandada? ¿Y
comprendió, y
voló cuando ella siguió faltando?

Dique en diagonal de techo — sobre quilla

de palomas está posado lo que nada. A través de las escamas
sangra el recado, lo añoso

cae joven por la borda:

Por Cracovia

has venido tú, en el Anhalter

Bahnhof

manó hacia tus miradas un humo

que era ya de mañana. Bajo las pavlonias

viste erigirse los cuchillos, de nuevo, aguzados de distancia. Se

bailaba. (Quatorze

juillets. Et plus de neuf autres.)

Sesgado, verso-de-simio, hocico de soslayo mimaron lo vivido. El

señor,

envuelto en una pancarta, se acercó al grupo. Se tomó

una fotito

de souvenir. El dispensador automático, ése eras

tú.

Oh este a-
migamiento. Pero otra vez,
allí, donde tienes que ir, el único exacto
cristal.

EN EL AIRE, allí queda tu raíz, allí, en el aire.
Donde lo terrestre se aglutina, terroso, aliento-y-légamo.

Grande
va el proscrito allá arriba, el ardido: un pomeranio, su hogar
la canción del abejorro, que perduró materna, veraniega, diáfana
de sangre en el borde
de todas las abruptas
sílabas, las endurecidas de invierno, frías sílabas.

Con él
andan los meridianos:
as-

pirados por su

dolor gobernado por el sol, que hermana a los países bajo la
sentencia de mediodía de una

amante

distancia. Por do-

quier es aquí y es hoy día, es, oriundo de desesperanzas, el lustre,
en que los desunidos entran con sus enceguecidas bocas:

el beso, nocturno,

graba el sentido a fuego en una lengua, a la que despiertan,
ellos—:

repatriados en

el rayo de conjuro, inhabitable y ominoso, que reúne a los
dispersos, los

conducidos por el Alma, desierto de estrellas, los hacedores de
tiendas allá en el espacio

de sus miradas y navíos,

las gavillas ínfimas de esperanza,

cunde allí adentro rumor de alas arcangélicas, de fatalidad, los
hermanos, las hermanas: midióselos

muy leves, muy graves, muy leves, con la balanza de los mundos
en el seno incestuoso, en

el fértil, los extraños de por vida,

coronados por esperma de estrellas, pesadamente tendidos en los
bancos abismales, enaltados

en dinteles turriformes, y diques, — los

seres-de-los-vados, sobre ellos viene a trastabillones el pie
deforme de

los dioses — ¿tan tarde para el tiempo estelar

de quién?

Cambio de aliento (1967)

EN LOS RÍOS al norte del futuro arrojo la red que tú

vacilando lastras

con sombras escritas por piedras.

LOS NÚMEROS, en alianza
con la fatalidad de las imágenes y contra-
fatalidad.

El cráneo calado encima, en cuya sien
insomne un martillo de re- lumbre errático
canta todo eso en compás de mundo.

ESTAR, a la sombra
de la cicatriz en el aire.

Por-nada-y-por-nadie-estar. Irreconocido,
por ti solo.

Con todo lo que dentro tiene espacio, también sin
habla.

SOLES EN FIBRAS

sobre el yermo gris-negro. Un pensamiento
con estatura de árbol
aferra el son de luz: todavía
hay canciones que cantar más allá de los hombres.

ARRANCADA por el ácido
del viento radioso de tu habla
la charla abigarrada de lo vivido a préstamo — el centi-
ling, e diz-
poema, el ni-poema.

Desplegado en torbellino, franca
la vía a través de la nieve antropomorfa,
la nieve de los penitentes, hacia las hospitalarias
cámaras y mesas glaciales.

Hondo

en la grieta de los tiempos, junto al

hielo en celdillas

espera, cristal de aliento, tu irrevocable

testimonio.

RESTO CANTABLE — la silueta de ése que irrumpió

calladamente a través de la escritura de hoz, aparte, en el ámbito
de nieve.

Arremolinándose bajo cejas de cometas

la masa visual, sobre la cual el oscurecido diminuto satélite
corazón va a la deriva

con la

chispa atrapada fuera.

— Labio tutelado, anuncia que algo sucede, todavía, no lejos de ti.

NO MÁS ARTE DE ARENA, ni libro de arena, ni maestros.

Nada que se arroje a la suerte de los dados. ¿Cuántos mudos?

Diez y siete.

Tu pregunta — tu respuesta. Tu canto, ¿qué sabrá?

Hondo en la nieve,

ondo en la nieve,

O — i — e.

NEGROS,

como la herida del recuerdo, hurgan los ojos en pos de ti

en la tierra coronaria claramente

mordida por dientes cardíacos, que sigue siendo nuestro lecho:

por este socavón has de venir —

vienes.

En el sentido seminal

te desestrella el mar, en lo más íntimo, por siempre.

Dar los nombres tiene un término, sobre ti arrojé mi destino.

GLORIA CINERARIA detrás

de tus manos estremecidas-anudadas en el trivio.

Póntico érase-una-vez: aquí, una gota,

sobre

la pala del remo sumergida, hondo

en el petrificado juramento, susurra.

(En la jarcia vertical del aliento, esa vez, más arriba que arriba,

entre dos nudos de dolor, mientras la blanca

luna tartárica trepó hacia nosotros, me sepulté yo en ti y en ti.)

Gloria

cineraria detrás de vosotras, manos del trivio.

Lo que a la suerte fue lanzado ante vosotras, desde el Este,
terrible.

Nadie

atestigua por el testigo.

LO ESCRITO se ahueca, lo hablado, verdemar,
arde en las bahías,

en los

nombres diluidos brincan los delfines,

en el no lugar eternizado, aquí, en la memoria de las ensor-
decedoras campanas en — ¿dónde, pues?

¿quién

resuella en este cuarteto de sombras, quién entre ellas

de súbito brilla, brilla, de súbito brilla?

ATAQUE DE CELLO

por detrás del dolor:

las potencias, escalonadas según los contracielos,
arrollan lo indescifrable antes de ingresar por el corredor aéreo,

la

tarde trepada

está llena de ramaje pulmonar,

dos

nubes ígneas de aliento cavan en el libro

que abrió el bullicio de las sienas.

algo llega a verdad,

doce veces se enciende

el Allá atinado por las flechas,

la sangui- negra bebe
el semen del sanguinegro,

todo es menos de lo que es,
todo es más.

UN ESTRUENDO: la verdad misma
ha comparecido entre los hombres,
en medio del
remolino de metáforas.

GIVE THE WORD

Tallado en el cerebro — ¿a medias? ¿a tres cuartos?—, tú das,
anochecido, las consignas — éstas:

“Flechas tártaras”.

“Puchero artístico”. “Aliento”.

Todos vienen, no falta ninguno y ninguna. (Sifetas y probilas están allí.)

Viene un hombre.

Junto a ti, la lágrima grande como manzana de mundo,
atravesada de murmullos, recorrida

de respuesta, respuesta,

respuesta.

Congelada — ¿por quién?

“Ya pasó”, dices tú,

“ya pasó”,

“ya pasó”.

La lepra silenciosa se te suelta del paladar y abanica tu lengua
con luz,
luz.

UNA VEZ,
yo lo escuché, lavaba el mundo,
sin ser visto, noche a noche,
real.

Uno e infinito, anulados, ulan.

Luz fue. Salvación.

Soles en fibras (1968)

INSTANTES, señas de quién, no duerme claridad alguna. Des-no-
sido, de todas partes. recógete,
tente en pie.

FRANKFURT, SEPTIEMBRE

Ciega estantería, de barba lumínica.

Un sueño de escarabajo la irradia.

Allá atrás, agrietada por la queja, se abre la frente de Freud,

las lágrimas

calladas afuera duramente las dispara con la frase: “Por última
vez psico- logía.”

El grajo falso desayuna.

La oclusiva laringal canta.

ARANADO EL AZAR, por viento no desalados los signos, la cifra,
multiplicada, desflorecida injustamente,

el Señor un cercano fugaz, pluvioso, que espía cómo las mentiras
siete veces

arden, los cuchillos

adulan, las muletas

en falso juran, Ba- bajo

este mundo

ya se agita el noveno, león,

tú canta la canción humana de diente y de alma, durezas ambas.

LA ONZA VERDAD en el fondo del delirio,

a su lado

pasan los platos de la balanza rodando,

ambos a la vez, en diálogo,

la ley peleadoramente cince-
lada en altura de corazón, hijo,
vence.

LAS CABEZAS, horrendas, la ciudad que construyen
detrás de la dicha.

Si otra vez fueras tú mi dolor, fiel a ti,
y pasara un labio de largo, de este lado, junto al lugar donde yo
me propino desde mí,

a ti te llevaría por esta calle
hacia adelante.

EL CORAZÓN EXCAVADO EN FOSA, para que allí dentro
instalen ellos sentimiento.

Patria grande partes modulares.

Hermana de leche pala.

CUANDO NO SÉ, NO SÉ, sin ti, sin ti, sin tú,

vienen todos ellos, los decapitados, los
que la vida entera sin seso cantan la estirpe de los faltos-de-tú;

Aschrej,

una palabra sin sentido, transtibetana,
eyaculada en los yelmados ovarios de la judía

Pallas

Athena,

y cuando él, él,

fetal,

toca en el arpa un no-no carpático, entonces con encajes borda

la alemanda

la canción in- mortal que se rinde.

RUMBOS DE PEREGRINOS DE LA IRA por un dentro y un fuera
marítimo, Conquista

en el más enangostado

y bajo macizo del corazón.

(Nadie descolora lo que ahora mana.)

La sal de una solidaria lágrima sumergida

se afana en remontar

las diáfanas pilas de bitácoras.

Pronto nos

dispara su destello.

LA ETERNIDAD envejece: en

Cerveteri los asfodelos

se preguntan unos a otros

en blanco.

Con paleta desvencijada cucharean,

de las cacerolas de los muertos, sobre la piedra, sobre la piedra,

sopas en todas las camas

y los cubiles.

DE MATERIA ANGÉLICA, el día de la animación, fálicamente

unidos en lo Uno

— El, el justo que vivifica, hízote dormir hacia mí, hermana —,
remontando

por los canales arriba, hacia arriba, a la corona radical:

partida la crisma,

alto nos enarbola, en simétrica eternidad, erigido el cerebro, un
rayo

vuelve a cosernos los cráneos, los pellejos y todos

los huesos todavía por sembrar:

esparcidos desde el Este, para cosecharlos en el Oeste, en
simétrica eternidad—,

donde se enciende esta escritura, tras la muerte de tres cuartos,
ante

el alma restante que se re-

vuelca, que de

miedo coronario se retuerce, desde antaño.

CERCA, EN EL ARCO DE LA AORTA, en la clara sangre,
la clarapalabra.

Madre Raquel no llora más.

Hacia allá se llevaron todo lo llorado.

Silente, en las arterias coronarias, no envilortada:

Ziw, aquella luz.

NINGÚN NOMBRE que nombre:

su igual sonido

nos anuda debajo de

la tiesamente cantable carpa de claridad.

IMAGINATE

Imagínate:

el soldado del muladar de Massada aprende la patria de la
manera

más inextinguible, en contra
de toda púa en la alambrada.

Imagínate:

los desojados sin figura

franco te conducen por el tumulto, te fortaleces y
fortaleces.

Imagínate: tu propia mano

ha mantenido este trozo

de habitable tierra alturado otra vez sufridamente hasta la vida.

Imagínate:

vino a mi encuentro,

despierto de nombre, despierto de mano para siempre,
desde lo insepultable.

III

De Forzada luz,

Parte de nieve

y En cortijo de tiempo

FORZADA LUZ (1970)

EXTRAIDO CON LA PALA CINERARIA

de la artesa del ser, jabonoso, en el

segundo

empalme, en seguidilla,

inconcebiblemente cebado ahora,

muy lejos

fuera de nosotros y ya —¿por causa de qué?—

resaltado,

y luego (¿en el tercer empalme?) soplado tras el cuerno, ante el
erecto

escoriadero de lágrimas, una vez, dos, tres veces,

de inemparejable, brotado-partido, pabellonero pulmón.

TODTNAUBERG

Arnica, bálsamo de los ojos, el sorbo de la fuente con el
cubo de la estrella encima,

en la cabaña,

en el libro

—¿el nombre acogió de quién antes del mío?—,

en ese libro

la línea escrita de una esperanza, hoy, en la palabra venidera
de uno que piensa, en el corazón,

claros de bosque, sin allanar, orquídea y orquídea, solas,

lo crudo, más tarde, de viaje, nítido,

el que nos lleva, el hombre, que está a la escucha,

los senderos de troncos a medio hollar en la alta ciénaga,

lo húmedo, mucho.

YACÍAMOS

ya en el fondo de la Macchia, cuando tú llegaste, por fin, a rastras.

Pero hacia ti no pudimos

echar oscuridad:

reinaba forzada luz.

LOS ESCABULLIDOS

papagayos grises la misa leen
en tu boca.

Oyes que llueve y
piensas, también esta vez será Dios.

PATRIMONIO DISPERSO,
con la inmediatez del polvo.

Tarde a tarde oscilando
llegan los mensajes decantados de los pensamientos,
con dureza de rey, con dureza de noche, a las manos de los
prebostes de
las quejas:

de la grieta
de sus líneas de la vida

sin sonido sale la respuesta:

la única eterna gota de

oro.

REBANA LA MANO QUE ORA

del aire

con las tijeras

oculares,

despabila sus dedos con tu beso:

Ahora ocurre un plegarse que te roba el aliento.

LAS ETERNIDADES lo llevaron al rostro y más

allá,

lento apagaba un incendio todo lo cendiado,

un verde, no de aquí, rodeó de vellos el mentón de la piedra, que los sabios enterraban y otra vez enterraban.

EL UNO A MÍ RESTANTE tachado en cruz por travesaños:

debo en él desenmarañar enigma, mientras tú, en traje rudimentario de labor, tejes la media del misterio.

LA MANTIS, otra vez,
en la cerviz de la palabra,
en que te habías escurrido —,

hacia dentro del ánimo camina el sentido,
hacia dentro del sentido, el ánimo.

MEMBRANAS NATATORIAS entre las palabras,

su cortijo de tiempo —

una charca,

gris encrestado detrás del fulgente penacho significación.

ABORDABLE

era el osci-

lante mirlo de un ala sola,

sobre el cortafuegos, detrás de

París, allí, en el poema.

LIVIDIVOCAL, desollado desde lo profundo:

ninguna palabra, ninguna cosa, y de ambas único nombre,

justamente caído en ti, justamente volado en ti,

llagada ganancia de un mundo.

TAMBIÉN A MÍ, que como tú he nacido, no me sostiene mano alguna, y a mí ninguna me arroja suerte a la hora, no distinto que a ti,

a ti, como yo zambullido en sangre de toro,

pero los números están prontos a alumbrar la lágrima, que al mundo se dispara

desde nuestro ombligo,

mas a la gran escritura de sílabas se incorpora lo que vino cerca nuestro, aislado,

y el almendrado testículo atrona

y florece.

LOS NOMBRES PROFERIDOS HACIA

atrás, todos,

el extremo, relinchado hacia el Rey

ante espejos de escarcha,

sitiado, rodeado

por excesivos partos,

la rajadura de estaño a su través, que a ti, aislado,

también se refiere.

NO TE ADELANTES, ni mandes,

párate

aquí dentro;

fundado a fondo por la Nada, suelto de toda
oración, ajustado, según lo Pre-Escrito, irrebasable,

yo te recibo,

en vez de toda quietud.

PARTE DE NIEVE (1971)

TÚ YACES en la gran escucha, rodeado de arbustos, de copos.

Anda hacia el Spree, anda al Havel, al gancho de carnicero anda,
a las rojas estacas manzanales de Suecia —

Viene la mesa con los dones, él dobla junto al Edén —

Al hombre lo hicieron cedazo, tuvo que nadar la mujer,
la puerca, para sí,
para ninguno, para cada cual —

El Canal de la Milicia no llevará rumores. Nada
se atasca.

ILEGIBILIDAD de este mundo. Todo redoblado.

Los firmes relojes justa dan la hora intercalar, roncamente.

tú, aferrado en lo tuyo más profundo, de ti te apeas
para siempre.

¿QUÉ COSE

en esta voz? ¿En qué cose esta

VOZ

de este lado, del otro?

Los abismos están

juramentados a blanco, empinó- se de ellos

la aguja de nieve,

los tragó,

tú ordenas el mundo, eso cuenta

lo que nueve nombres, nombrados de rodillas,

Tumuli, tumuli, tú

te vas ondulando, vivaz, entra

en el beso,

un golpe de aleta, continuo,

alumbra las abras, echas

el ancla, tu sombra

te deja despojado en el seto,

arribo, deriva,

un escarabajo te reconoce, os sois ambos
inminentes, orugas
os encapullan,

la Gran

Esfera

os otorga la pasada,

pronto

anuda la hoja su vena a la tuya, chispas

tienen que pasar,

lo que dure un resuello,

te está deparado un árbol, un día, él descifra la cifra,

una palabra, con todo su verde, entra en sí, se trasplanta,

síguela

OIGO QUE EL HACHA HA FLORECIDO, oigo que el lugar es
innombrable,

oigo que el pan, que lo mira, saluda al ahorcado,
el pan que le coció la mujer,

oigo que llaman a la vida el único refugio.

PARTE DE NIEVE, encabritada, hasta el fin, en el viento de leva,
delante

de las cabañas para siempre sin ventanas:

rasantes sueños gimen por sobre

el hielo en estrías;

sacar a golpes las

sombras de la palabra, medidamente fijarlas alrededor de las
grapapas

en el foso.

ENVUELTO DE ENERO en los balmos espinudos. (Bébetete

y llámalos

París.)

El hombro con sello de helada;

silenciosas

lechuzas escoriales encima;

letras entre los dedos de los pies;

certidumbre.

OBLICUAMENTE

ven, como la noche,

la vela de emergencia se hincha,

catafalcado a bordo

es tu grito,

allí estabas, abajo estás,

debajo estás tú,

yo voy, voy con los dedos míos,

a verte,

con los dedos, tú, la de abajo,

los tronchos de brazos proliferan, el faro piensa en vez

del cielo de

una estrella sola,

con la quilla glávica yo te recojo.

CON LAS CALLES CIEGAS hablar de lo enfrente,

de su expatriada

significación —:

mascar

este pan, con dientes de escribir.

ALGO COMO NOCHE, de lengua más aguzada que

ayer, que mañana;

algo como saludo

de una con boca de pez sobre el mostrador

de lamento;

algo amontonado en puños infantiles;

algo de mi materia y de ninguna.

¿POR QUÉ ESTE ABRUPTO ESTAR EN CASA, medio fuera, medio dentro? Yo puedo, mira, en ti, glacial, sumirme,

tú misma ultimas a tus hermanos:

antes que ellos

estuve yo contigo, nevada.

Arroja tus tropos al resto:

uno quiere saber

por qué no fui con Dios distinto a cómo fui contigo,

uno

quiere ahogarse dentro,

dos libros en vez de pulmones,

uno, que se clavó en ti, exhala la estocada,

uno, él era el más cercano a ti, se pierde a sí mismo,

uno adorna tu raza

con tu traición y la suya,

tal vez

yo fui cada uno.

PARA ERIC

En la bolsa de los susurros escarba la historia,

en los suburbios orugan los tanques, nuestra copa

se llena de seda,

estamos parados.

UNA HOJA, desarbolada, para Bertolt Brecht:

¿Qué tiempos son éstos, en que un diálogo
es casi un crimen, porque encierra tanta cosa dicha?

UNA RAMA DE VENDIMIA, una, cuidando el cuero de la frente,

una fuente de luz, tragada por ti somnolienta, atraviesa el tejido
famélico de hospedaje,

ayuda visual, en estrías,

sobre sondas de retro-dispersión

que han pasado por la luna. En lo grande: en lo pequeño.

Tierras, todavía, tierras. Basalto revestido de córnea,
besado por cohetes:

cósmica

ojeada orbital, y sin embargo:

horizontes de país interior.

Terrestre, terrestre.

Una rama de vendimia, una,

cuidando el cuero de la frente —como si escribieses poemas—,

choca con el saludo postal, entonces, delante del

lugar del coágulo, sobre el umbral

pulmonar, por años, de Pilsen, y años,

asalvajado de tiempo por tanta cosa presionada en silencio:

Bon vent, bonne mer,

un trapo cerebral ondulando, un trozo de mar,

iza, donde vives, su capital, la inocupable.

NOSOTROS, REBOSADOS DE PROFUNDIDAD, solos en la gelidez.

Cada talud arrastra una pestaña hasta la impronta del ojo

y su núcleo de piedra.

EL ECO-ESQUIRLA oscurecido, hacia el torrente

cerebral,

el dique sobre el recodo

en que ella viene a detenerse,

tanto allí

desguarnecido de ventanas, mira, pues,

el cúmulo

de ociosa devoción, a un

culatazo de

los silos de plegaria,

a uno y ninguno.

EN CORTIJO DE TIEMPO (1976)

DE LA FRENTE DE BALLENA que se hunde te leo—
tú me reconoces,

el cielo precipítase al arpón,

con seis patas brinca la estrella nuestra en la espuma,

lentamente

iza uno, que lo ve,

el bocado de consuelo: la

Nada en celo.

EN LA MÁS LEJANA

significación marginal, al pie de la tullida escalera del amén:

la fase existencia des-

pojada hasta la calvicie,

cerquísimo, en la alcantarilla, todavía se entreveran
los dichos,

reforzado en hebra de sueño el perfil de la decantación del dormir,
en su única sien cordialmente activa se forma hielo,
ningún libro se abre, la sobrenada se ha
apegado a mí,
renuncia a su pelea, en el hielo,

estamos listos

para trocar en nosotros lo más letal,

la espina que dio la contraseña asciende por las cunas,

detrás del reloj de control se derrocha en firme delirio el tiempo.

ME ARROJAS A MÍ, ahogándo- me, oro:

a lo mejor un pez se deja sobornar.

La casa de los susurros, abierta día por medio,

traspasada

a yute, de hondas superficies,

da carta de ciudadanía al sonido-de-estrechez,

de la fase balbuceo cuidan

las clavijas labiales,

— ¿encaja lo otro, a tiempo? —,

ésta, sí, esta gritería glacial de tus manos,

el cordaje de muertos conduce a los ventisqueros,

la luna de polaridad inversa

te desecha, segunda tierra,

en el cielo restante, orgulloso de morir, el tumulto de estrellas

se toma la cerca.

YO TONTEO con mi noche, a todo

lo que rompió amarras aquí lo apresamos,

cárgame tú también tu oscuridad en

los medios ojos, viajeros,

ella también tiene que oírlo, venido de todas partes,

el eco irrefutable

de cada ensombrecimiento.

UNA ESTRELLA

al acecho de una luz, una hora repulsa

una hora,

grave de corazón rueda el azur sobre ti,

tu saliva sanguinolenta agracia

un polvillo poseso,

un cabo de madre

lleva un rostro prematuro a través de un dolor,

su Dios

balando mide a zancadas el frente de las imágenes, sobre los
resaltes

de la cuna superior.

ALMENDRANDA, tú que hablabas sólo a medias,

pero tiritada de través a través a partir de la simiente, a ti

te dejé que esperaras,

a ti.

Y no estaba todavía

quitada de ojos,

todavía no espinada en la estrella de la canción, que empieza:

Hachnissini.

LOS POLOS

están en nosotros, irremontables

en la vigilia,

hacia allá dormimos, ante la puerta de la piedad,

yo te pierdo a ti en ti, ése es mi consuelo de nieve,

dí que es Jerusalén,

dilo, como si yo fuera éste tu blancor,

como si fueras el mío,

como si pudiéramos ser sin nosotros, hoja a hoja te abro, por siempre,

tú nos ruegas, tú nos acuestas libres.

YO TOMO VINO de dos vasos y paso el peine puntudo

en la cesura del rey como aquel otro por
Píndaro,

Dios apaga el diapasón como uno de los justos pequeños,

del tambor de las suertes cae nuestra pizca.

LA NADA, en virtud de nuestros nombres
—ellos nos recogen—, sella,

El final cree que somos el principio,

ante los maestros

que guardan en torno silencio,

en lo indiviso, da testimonio de sí

la encaramada claridad.

LO AJENO

nos tiene en su red,

la caducidad echa mano a

través de nosotros desconcertada,

cuenta mi pulso, cuéntalo también dentro de ti,

entonces emergemos, hacia ti, hacia mí,

algo nos amortaja

en piel de día, en piel de noche,

para el juego con la más alta, la epi- léptica seriedad.

CAMBIO DE LUGAR en las sustancias:

ve hacia ti, adhiérete, con desaparecida

luz terrena,

oigo que éramos
una planta del cielo, eso
está por demostrarse, desde arriba, a lo
largo de nuestras raíces,

dos soles hay, escuchas, dos,
no uno— sí
¿y qué?

¿QUÉ SE AMARGA
hacia dentro?

Las grandes exclusividades se jibarizan
en el himno de cortezas auditivas,

bienaventurados

cuchichean los tornillos de mariposa en más serena
altura de tormento.

las pausas decisivas reciben provisión,

en la cámara de numerar, rebeldes,

los anillos le rezan

al resto.

VIÑADORES desenterraron el reloj de oscuras horas, profundidad
a profundidad,

tú lees,

el Invisible emplaza al viento a los límites,

tú lees,

los Abiertos llevan

la piedra detrás del ojo, él te reconoce,

cuando el Sabbath.

InfoLibros.org

